

Discurso del Presidente Nacional del P.D.C.
en los funerales de D. Horacio Walker
18 julio 1974

63

C.N

Un auténtico repúblico: hombre consagrado al bien común de su pueblo, amante de las instituciones democráticas, cruzado del derecho y la justicia. Eso fué don Horacio Walker Larraín.

Llevaba en su sangre la vocación de servicio público y la pasión por la libertad. Tenía el coraje de los que quieren la verdad más que a su propia vida. Inteligente y culto, llegó a saber que, a la postre, no hay mejor arma que la razón.

Regidor, Senador de la República, Ministro de Justicia y de Relaciones Exteriores, Embajador en el Perú, Presidente varias veces de su Partido, en todas estas funciones entregó lo mejor de sí para servir a Chile.

Contrariamente a lo que la maledicencia de los mediocres suele expresar de los políticos, generalizando excepciones, el desempeño de esos altos cargos no le reportó beneficios personales. Le significó, en cambio, conforme a la honrosa tradición de los políticos chilenos, privaciones y luchas, decepciones y sacrificios, incomprensiones y sufrimientos, compensados tan solo por la tranquilidad de su conciencia, el aprecio o respeto de sus conciudadanos y la satisfacción de ver algunos sueños tomando cuerpo en la realidad.

Por tradición familiar y convicción doctrinaria, don Horacio Walker militó desde joven en el Partido Conservador,

del cual llegó a ser el más genuino representante y conductor. Cuando vientos juveniles intentaron forzar nuevos rumbos a la vieja colectividad, su formación autoritaria lo llevó a imponer, por sobre todo, la disciplina, lo que dió origen al nacimiento de la Falange Nacional. Pero la semilla del socialcristianismo encontró terreno fecundo en su cerebro clarividente y en su corazón generoso, y junto a algunos amigos entre los que destacaron D. Rafael Luis Gumucio y el Dr. Eduardo Cr. Coke, se convirtió en el paladín de la renovación social cristiana en el seno del conservantismo.

La lealtad a sus principios, la fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia sobre los deberes sociales que nuestra fe nos impone a los cristianos, el sentido de la realidad histórica y la intuición del futuro que constituyen exigencia ineludible para todo el que ejerce alguna responsabilidad política, pudieren más en él que cualquier clase de prejuicios e intereses, que viejas amistades y vínculos sociales, que su mismo amor propio. Con admirable entereza quemó las naves, afrontó una ruptura que para él y su familia debió ser tremendamente desgarradora y concurrió, con algunos de sus amigos y junto a los viejos jóvenes que otrora había separado, a fundar nuestro Partido Demócrata Cristiano.

Hay una especie de milagro en la vida de don Horacio Walker. En su personalidad de carácter recio, el orgullo prop

de su aboengo, de su talento y de sus triunfos, terminó siendo derrotado por la humildad del siervo de Jesús y la tolerancia del verdadero sabio.

Desde el día mismo de su fundación y hasta las horas que vivimos, trabajó en el seno del Partido Demócrata Cristiano con abnegación, desinterés y modestia excepcionales.

La firmeza de sus principios, el equilibrio de sus juicios, el acierto de sus consejos, fueron siempre un aporte de valor inestimable para nuestras Directivas.

En nuestras luchas por combatir los privilegios e injusticias, por construir las bases de un orden económico social justo y humano y por defender a Chile de la amenaza totalitaria y de cualquier violencia, nunca nos faltó la cooperación inteligente y valerosa de don Horacio Walker.

La elocuencia de su palabra, siempre pronta a inflamarse en defensa de la libertad y de la justicia, de los derechos del hombre, de las instituciones democráticas, le conquistó la admiración de nuestras bases y de cuantos lo escucharon.

El testimonio de su vida personal y familiar de leal consecuencia con nuestros principios, de su modestia llena de dignidad, de su señorío y cordialidad en el trato con todos, de su benevolencia para distinguir y estimular a los

demás, de su extraordinaria comprensión hacia los jóvenes, señalan rumbos de conducta a los demócrata cristianos.

Por todo esto, don Horacio Walker llegó a ser un ejemplo dentro de la Democracia Cristiana y tuvo la satisfacción -talvez una de las más grandes que puede experimentar un hombre de edad- de ser honrado y querido por la juventud.

Don Horacio:

como el mejor homenaje que los demócrata cristianos podemos rendirle en esta hora, en la certeza de que su alma reposa en el lugar de la justicia y de la paz, imploramos al Padre que nos de el temple necesario para estar a la altura de su ejemplo, siendo capaces de permanecer fieles a nuestros principios en el servicio al pueblo de Chile